

# LOS REBELDES DE CAMDEN TOWN

ÁLVARO NÚÑEZ



ANAYA

**LOS  
REBELDES  
DE CAMDEN TOWN**

*Para la dinamización en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas  
y actividades que está a disposición del profesorado  
en nuestra página web.*

© Del texto: Álvaro Núñez, 2025  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

Director editorial: Pablo Cruz  
Edición: Rocío Alarcos  
Ilustración de cubierta: Lara Pickle  
Asistente editorial: Mercedes González Grande

1.ª edición, mayo 2025

ISBN: 978-84-143-4273-2  
Depósito legal: M-7329-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**LOS  
REBELDES  
DE CAMDEN TOWN**

**ÁLVARO NÚÑEZ**

**ANAYA**



*La ambición es el último refugio del fracaso.*

OSCAR WILDE



# **PRIMERA PARTE**

# 1

Cinco días después del fatal accidente, el cielo de Londres, negro como la muerte, dio la bienvenida al joven Shane O'Connor cuando salió del avión.

A pesar de la inminente amenaza de lluvia, no cayó ni una sola gota en la hora y media de trayecto en autobús entre el aeropuerto de Gatwick hasta la casa de su tío Scott, en el barrio londinense de Ealing.

Shane apenas recordaba al hermano pequeño de su madre. Quizás alguna que otra imagen borrosa en el jardín de la primera casa de sus padres en Cork, cuando él tenía tres años. Su padre y su tío jugando al fútbol y riendo mientras bebían jarras de cristal rellenas de un líquido color tierra que les dejaba espuma de mar en la boca. Sí, su madre siempre nombraba a su hermano pequeño cuando su marido bebía más cerveza de la cuenta. De eso Shane se acordaba perfectamente.

Pero había pasado tanto tiempo de aquello que cualquiera que hubiese ido a recogerlo al aeropuerto y le hubiese dado un abrazo habría podido hacerse pasar por su tío y llevarlo consigo sin resistencia alguna.

Mirando por el cristal del autobús, apoyando la cabeza como si fuese incapaz de sostenerla, Shane tomó conciencia

de que lo que estaba dejando atrás no iba a volver nunca más. Sentado al lado de ese extraño que apenas recordaba, mientras la gran ciudad desfilaba ante sus ojos rojos, sintió que los dieciséis años que tenía se habían esfumado para siempre. Y, aún peor, que nunca más volverían. El estómago debió notarlo también porque Shane no pudo reprimir el vómito al ver los primeros edificios de la ciudad.

Ninguno de los dos fue capaz de decir una palabra hasta que llegaron al que iba a ser su nuevo hogar.

—No es gran cosa, pero nos apañaremos —dijo por fin su tío al entrar al pequeño apartamento de soltero en el que vivía desde que llegó a Londres—. Yo dormiré en el sofá hasta que nos organicemos.

Hacía mucho tiempo que aquellas cuatro paredes habían pasado por su mejor momento. El papel pintado de las paredes, la moqueta del suelo y la grasa de los azulejos de la cocina parecían tener cien años.

«Bueno, al menos ha tenido el detalle de cederme la cama», pensó Shane al poner la maleta sobre el colchón para deshacer el equipaje. Fue entonces cuando la vio: sobre la mesilla había una foto enmarcada desde la que su madre y su tío le sonreían en blanco y negro. Tenían más o menos su edad y estaban en lo alto de un acantilado.

El tiempo había sido severo con su tío; parecía mentira que el tipo adusto que le había adjudicado el dormitorio hubiese sido alguna vez aquel chaval. Su madre, sin embargo, se conservaba mucho mejor...

Inmediatamente después de que aquel pensamiento cruzase por su mente, Shane rompió a llorar sin consuelo. La puerta del cuarto estaba cerrada, pero pudo oír los pasos desgana-dos viniendo desde la sala. Los zapatos llegaron hasta la

puerta y se pararon durante unos segundos. Al otro lado, su tío suspiró y volvió por donde había venido sin decir nada.

Todavía no habían dado las cinco de la tarde del 4 de mayo de 1980 cuando Shane decidió inaugurar la cama de su nuevo hogar, taparse hasta las cejas, y cerrar los ojos bien fuerte con la esperanza de que la pesadilla que estaba viviendo desapareciese para siempre.

## 2

Jim no se acordó de que tenía que estar en casa hasta que las campanadas del Big Ben restallaron con fuerza contra el cielo una tras otra.

—¡Las cinco! ¡Mierda! ¡Me tengo que ir! —dijo poniéndose el jersey a toda prisa y anudándose la corbata del uniforme del colegio—. Mis padres me van a matar.

—¡Vaya prisas! —soltó su amigo Arthur partiéndose de risa—. No me digas que te ha invitado la reina a tomar el té...

—Algo así, Artie —contestó, atusándose el pelo para seguidamente robarle el cigarrillo y dar una última calada profunda.

—¿No íbamos a ver discos a Oxford Street? —protestó Phineas, su otro mejor amigo—. Llevas toda la semana dándonos la tabarra con eso y ahora te piras y nos dejas tirados.

—Lo siento, Partie. Te juro que se me ha ido la cabeza. Mañana vamos a Camden Town y te compro el nuevo single de The Clash. Te lo prometo.

—¿Camden Town? A mí esos grupos que tanto te gustan, ¡me horrorizan! ¿Cuándo te vas a dar cuenta de una vez? ¡Y dejad de llamarme Partie! ¡No me hace ninguna gracia! Me llamo Phineas Arlington.

—Oh, Partie. Jim sabe perfectamente que no te gustan ni su música ni que te llamemos así. Pero cuanto más protestes, más lo hará. ¿Verdad, James?

—Verdad.

Y dicho esto, devolvió el cigarrillo a su amigo y salió corriendo a toda pastilla atravesando St. James Park camino del lujoso edificio situado en el 9 de Green Street donde vivía.

Por fortuna, Jim hacía mucho deporte y estaba en una forma estupenda, lo que garantizaba que no iba a perder más de quince minutos. Tiempo más que suficiente para elaborar una excusa creíble.

—Su padre está que echa humo —le avisó la señora Smith en cuanto le abrió la puerta—. Colóquese bien la corbata, entre al servicio y échese un poco de agua en la cara. ¡Viene sudando a chorros!

—Bueno, al menos no ha llovido y no me tengo que cambiar de ropa. Y eso que el cielo está más negro que el culo de un cuervo...

—¡Qué barbaridad! Ande, tome y séquese. —La señora Smith le acercó una toalla—. Déjese de tonterías y no haga esperar más a sus padres.

Jim recorrió sigilosamente la galería camino del salón. La voz de su padre sobresalía por encima del rumor de cucharillas y tazas de té.

Tomó aire y entró.

—¿Se puede? —preguntó exhibiendo su mejor sonrisa.

—¡Ahijado! ¡Ya pensé que te habías olvidado de tu padrino!

El que se levantaba del sofá de cuero para darle un abrazo era lord Kingsley, viejo amigo de su padre desde los tiempos del colegio y padrino de su único hijo.

—¿Siguen obligándoos a llevar esas estúpidas corbatas?  
—dijo deshaciendo el nudo de la corbata de Jim.

—El padrino siempre dispuesto a echar una mano a su ahijado, ¿verdad? —abrió por primera vez la boca el padre de Jim sin dejar de mirarlo.

—Una mano... ¡Al cuello! —rio lord Kingsley con la corbata de Jim en la mano.

—No te hagas el gracioso. Conozco de sobra tus trucos de magia. Todos hemos visto que la corbata de James estaba hecha un desastre y has corrido al rescate. ¿A que sí, Victoria?

La madre de Jim no contestó. Sabía perfectamente diferenciar una pregunta real de una pregunta retórica. Y su marido era muy dado a las segundas.

—Vamos, William, no seas así con el chico —le disculpó lord Kingsley—. ¿O es que ya no te acuerdas de cuando tenías su edad?

—Cuando tenía su edad era puntual y hacía lo que me mandaban. ¿Se puede saber dónde estabas?

—He ido a casa de Phineas Arlington a ayudarle con un trabajo que tenemos que presentar para el lunes.

—¿Y se puede saber de qué trata ese trabajo tan importante?

—De la influencia de los guateques y las *parties* de los años sesenta en la música moderna —mintió Jim sin pestañear.

—¿Eso es lo que os enseñan ahora en el Privilege College?  
—clamó su padre fuera de sí—. ¡A dónde vamos a ir a parar! El lunes sin falta hablo con el jefe de estudios para que me explique en qué demonios estoy gastando el dinero.

Lord Kingsley y Jim se sonrieron. Los dos sabían de sobra que el trabajo que había inventado Jim era un farol y que su padre no iba a llamar el lunes al jefe de estudios.

—¿Quieres que la señora Smith te prepare un té, cariño? —le preguntó su madre con la tetera de porcelana china que siempre sacaba para las grandes ocasiones en la mano—. Este se ha quedado frío...

—¿Y por qué crees que se ha quedado frío, Jim? —volvía a la carga su padre sin ganas de que nadie le contestase—. Pues, sencillamente, porque hace más de media hora que ha pasado la hora del té. Media hora de falta de respeto hacia todos nosotros.

La madre de Jim volvió a dejar la tetera de porcelana china sobre la mesa de cristal sin decir nada. Tanto ella como su hijo sabían que lo mejor en esos momentos era volverse invisibles.

—William, no te pongas así... —terció lord Kingsley—. Estás sacando las cosas de quicio.

—¿Y qué si lo estoy haciendo? —rio el padre de Jim con sarcasmo—. ¿No se trata de eso la política? Tú me lo has enseñado bien...

—¿A qué viene eso ahora? —protestó lord Kingsley.

—Venga, vamos, no te hagas el ingenuo conmigo a estas alturas. No me digas que has venido para ver a tu ahijado y preguntarle por sus trabajos del colegio...

Entonces, el padre de Jim se levantó y fue directo al mueble bar. Sacó dos vasos, les echó un par de hielos a cada uno y sirvió una generosa cantidad de su *whisky* favorito.

—Toca el momento del licor —dijo acercando uno de los vasos a lord Kingsley—, y de que me cuentes de una vez qué estás tramando.

Jim esbozó una disimulada sonrisa. Tenía que reconocer que había algo en su padre que le daba miedo y le gustaba a la vez.

—Ha llegado el momento de irnos, hijo. —Su madre se levantó como un resorte del sofá—. Tu padre y tu padrino se van a poner a hablar de política... Dale un beso a Ethel —se despidió de lord Kingsley.

—Descuida —dijo el padrino de Jim asintiendo con la cabeza—. Y tú, truhán, ¡no te olvides de la corbata!

Jim la cogió al vuelo y se tocó la frente a modo de despedida.

Después de todo, pensó, le había venido bien llegar tarde. Cuando su padre se ponía así, lo mejor era encerrarse en su habitación y buscar en la radio algo que le pusiese de buen humor.

### 3

Shane no pegó ojo en toda la noche.

Aquella cama no era su cama, aquella casa no era su casa y aquella ciudad no era su ciudad. Pero eso a la realidad parecía darle igual.

Para colmo de males, su tío vivía en un primer piso encima de un ruidoso *pub*. Aunque bien pensado, eso era lo único que le recordaba al hogar. El barrio estaba atestado de irlandeses, a tenor de las voces que llegaron del local hasta que cerró bien entrada la noche.

—No tienes buena cara. —Ese fue el «buenos días» de su tío cuando Shane entró en la cocina para ver qué había para desayunar—. Estoy haciendo huevos con salchichas y en la nevera tienes leche.

Podía ser peor. Por lo menos el olor que venía de la sartén le había abierto el apetito. Se sirvió un huevo y un par de salchichas y se sentó en la mesa de la cocina.

—¿Por qué no viniste? —preguntó sin atreverse a mirar a los ojos a su tío.

Un silencio incómodo, que casi podía tocarse, se apoderó de la cocina a excepción de las salchichas que chisporroteaban en la sartén.

—Te he preguntado que por qué no viniste al funeral —repitió Shane. El tono más grave, la voz más ronca, los ojos clavados en el plato.

—No lo entenderías —respondió por fin su tío.

Shane sonrió con sarcasmo y se metió un trozo de salchicha en la boca. Mejor eso que echarse a llorar. ¿Cómo decía su padre? No mostrar debilidad. Disfrazar los sentimientos. Ocultar las emociones. Todas esas tonterías se las sabía de memoria.

—Puedes intentar explicármelo —dijo con la boca llena.

—Eres demasiado joven...

Por Dios, las salchichas se estaban quemando y su tío no se daba cuenta.

Shane se levantó como un resorte de la mesa y quitó la sartén del fuego ante la mirada perpleja del hermano pequeño de su madre muerta. Ahora que el muchacho lo tenía delante, lo miraba directamente a la cara. Se vio reflejado en el brillo de los ojos de su tío como en un espejo. Un espejo que estaba a punto de estallar en mil pedazos.

—Soy demasiado joven, es cierto. —La voz de Shane empezó a temblar como si precediera a un terremoto—. No tengo ni idea de cuál es la edad ideal para perder a tus padres de repente, pero imagino que no son los dieciséis. El sentido común me dice que también soy demasiado joven para tener que enterrar a mis padres solo, sin la presencia de ningún familiar. Mi padre era hijo único, como yo, y sus padres murieron hace años. Los padres de mi madre, desgraciadamente, también. Total, que solo podía contar con su hermano pequeño que vive a cientos de kilómetros, en Londres. Mi madre me hablaba mucho de él. —Shane mantenía los ojos fijos en su tío, hablándole de él mismo como si estuviera hablando

de otra persona—. Era el bohemio de la familia. Después de estudiar Literatura en Dublín, decidió ir a la City a convertirse en el gran escritor que tanto prometía. Iba a triunfar, a comerse el mundo. Todo el barrio recuerda la despedida que le hicieron al gran Scott Finnegan. El *pub* se quedó sin cerveza durante una semana...

—¿Has terminado ya?

—Pero de eso ha pasado mucho tiempo —continuó Shane en trance, como si su tío no estuviera delante de él—. El gran Scott Finnegan desapareció de nuestras vidas y, como si fuese el fantasma de las Navidades pasadas, su voz aparecía a través del teléfono, año tras año, todos los veinticinco de diciembre. Entonces, mi madre aprovechaba la aparición y me contaba quién era su hermano pequeño, el escritor. Yo, por supuesto, la escuchaba con atención, aunque me sabía la historia de memoria. La devoción con la que hablaba mi madre de su hermano pequeño era enternecedora. Navidad tras Navidad, año tras año, en mi imaginación se fraguó la imagen de mi tío como un héroe, un triunfador que había escapado de su destino en el garage mecánico de su padre para triunfar por todo lo alto haciendo lo que le gustaba en la vida.

—Vale ya, Shane...

—No me da la gana. Todo eso era una estúpida patraña. No has escrito un solo libro desde que estás aquí. Esta cocina no es ni remotamente la cocina de un escritor. Y eso es lo que me da rabia. Si hubieses sido un escritor de éxito, podría haber disculpado que no vinieras al entierro de tu hermana y tu cuñado. Un escritor de éxito tiene un sinfín de compromisos, viajes, entrevistas, conferencias y sesiones de firmas que atender. Un escritor de éxito —Shane sacó del bolsillo de su pijama un papel doblado y comenzó a abrirlo con rabia— le pide

a su secretaria que envíe el billete de avión a su sobrino por correo urgente con unas palabras escuetas. Algo así como —leyó del papel—: «Lo siento mucho. Te espero en Londres. Afectuosamente, tu tío Scott». Lo malo es que los dos sabemos que no tienes secretaria ni eres un escritor de éxito. —Rompió el papel hecho una furia—. Y que si estoy delante de ti es porque a ninguno de los dos nos queda más remedio.

# 4

La residencia del ministro del Interior, situada en el 9 de Green Street, era un antiguo edificio victoriano de dos plantas reformado años atrás por un prestigioso arquitecto de la época. Inspirado en la corriente funcionalista de los años treinta, disminuyó el número de estancias a la mitad, tirando tabiques, lámparas de araña y falsos techos de yeso, y creando espacios abiertos más luminosos con la intención de aprovechar los escasos días de sol de la capital de Inglaterra.

El olor a café recién molido y tostadas con mermelada de grosella, proveniente de la cocina de la planta baja, subió con rapidez hasta el cuarto del único hijo del ministro. Un buen reclamo, sin duda, para desperezarse, salir de la cama, mover un pie y luego el otro de forma consecutiva hasta llegar al desayuno.

—¿Eso que huelo es el café que trajo mi padre de Sierra Leona? —preguntó Jim asomando la cabeza por la puerta.

—¡Virgen santísima! —gritó la señora Smith, tocándose el pecho a la altura del corazón—. ¡Qué susto me ha dado!

Otro de los reclamos favoritos del hijo del ministro consistía en probar la resistencia coronaria de su ama de llaves. La señora Smith llevaba al servicio del señor ministro y su esposa

desde antes del nacimiento de Jim, y para este, más que una persona del servicio, constituía una figura familiar similar a la de la abuela que nunca tuvo.

—¿Mis padres? —preguntó de nuevo Jim mientras se servía una taza de café.

—El señor ha salido hace más de dos horas. Tenía una reunión urgente del Gobierno. A la señora han pasado a buscarla hace poco para llevarla al club de campo. Como todos los primeros sábados de mes, tiene partido de polo y almuerzo con su prima la duquesa de York. Y haga el favor de no tomarme por ingenua: sabía de sobra que los señores no estaban en casa. Si no, no se hubiese tomado la libertad de bajar a desayunar descalzo y sin bata, jugándose un buen resfriado.

—Estamos en mayo, señora Smith...

—Estamos en Londres, señorito James.

Una vez oído el informe del ama de llaves y comprobado que había vía libre, el sábado se presentaba lleno de posibilidades. Los almuerzos de su madre con la duquesa de York no terminaban nunca antes de que cayera la tarde. Despellejar a la flor y nata de la alta sociedad londinense llevaba su tiempo, y tanto ella como su prima lo hacían todos los meses con la precisión y alegría de una partida de dardos. Por el contrario, lo de su padre era mucho más imprevisible.

—Qué raro —pensó en voz alta—. El Gobierno no se reúne nunca los sábados...

—Ya le he dicho que era urgente. El secretario de la primera ministra ha llamado a las siete, y media hora después su padre ha salido con su chófer hacia Downing Street.

La mermelada de grosella estaba exquisita, aunque a Jim empezaba a cansarle. Por supuesto, no se lo pensaba decir a la señora Smith: desde que se le ocurrió alabar la mermelada de

grosella que probó en casa de su amigo Artie Spencer, no desayunaba otra cosa. Y es que las amas de llaves de la alta sociedad formaban un servicio secreto que ni Scotland Yard. Unas y otras compartían información con discreción y fiabilidad formando una red inexpugnable. Dos días después de su comentario elogioso, y gracias a la señora Pecker, la señora Smith consiguió en los almacenes Harrods la misma mermelada de grosella que les traían en exclusiva a los Spencer.

—Ayer mi padrino se marchó muy tarde, ¿verdad?

La señora Smith no contestó.

—No intente proteger a mi padre. La biblioteca está debajo de mi cuarto, y escuché los gritos perfectamente.

—Entonces, ¿por qué pregunta lo que ya sabe? Ya le he dicho antes que es de mala educación tomar a los demás por tontos.

—Apuesto a que la reunión urgente de hoy tiene algo que ver... —continuó Jim haciendo sus cálculas.

—¿En qué quedamos? ¿No ha dicho que oyó los gritos perfectamente?

—*Touché!* Es verdad: no pude distinguir lo que decían. A esas horas ambos llevaban varios *whiskys* encima... Espero que la reunión sea lo suficientemente importante como para que mi padre no se presente a almorzar. Tengo planes mejores.

—¿Puedo recoger esto? —preguntó el ama de llaves haciendo como que no había oído, y llevándose el plato de las tostadas y la taza—. ¿Ya ha terminado?

—Señora Smith, haga el favor de no preguntar lo que ya sabe —contestó Jim guiñándole el ojo—. ¿O acaso quiere que me coma la porcelana?

The background features a stylized illustration of the Big Ben clock tower on the left and a bridge with arches on the right, set against a light blue sky.

## **UNA NOVELA CON MISTERIO, ASESINATOS, REIVINDICACIÓN SOCIAL Y BANDA SONORA DE THE CLASH.**

Tras la muerte de sus padres, Shane tiene que abandonar su Cork natal, en Irlanda, para ir a vivir con su tío Scott, un hombre al que apenas conoce y al que detesta por ignorar a su familia durante años. Que este lo matricule en el colegio de élite en el que trabaja, donde el chico es despreciado por sus compañeros, no ayuda demasiado a su relación ni a su estado de ánimo. Por suerte, el chico hallará un refugio en Camden Town, el barrio de Londres que a principio de los 80 estaba al frente de la vanguardia y la contracultura punk. Será allí donde forje una amistad con Ana, una española que trabaja de limpiadora en un hotel, y con Jim, el hijo de una familia aristocrática cuyo padre, ministro de Thatcher, está metido en un turbio asunto de corrupción y muertes en el que terminarán involucrados.

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1525366

ISBN 978-84-143-4273-2

